

## LIBRO QUINCUAGÉSIMO QUINTO

### GOBIERNO DE LUIS XVIII

Cambios que se operaron en los ánimos durante los meses de abril y mayo. - Renacimiento de los partidos. - Los realistas extremados forman en las filas del conde de Artois. - Este príncipe, enfermo y apesadumbrado, permanece bastante tiempo en Saint-Cloud. - Entrada en Francia del duque de Orleans. - Los amigos de la libertad esperan en él, mientras que los realistas le hacen el blanco de sus ataques. - Grande reserva de este príncipe. - Los bonapartistas, su derrota y su dispersión. - Los revolucionarios, satisfechos al principio con la caída de Napoleón, son relegados con los bonapartistas por la violencia del partido de la emigración. - Vuelta á París de Mr. de Lafayette, de Mr. Benjamín Constant, de madama de Stael, y formación del partido constitucional. - Sabias disposiciones de la clase media de París. - Las opiniones de la capital reflejadas en las provincias con diversas variantes. - Situación de la Vendée y de la Bretaña. - Los antiguos insurgentes toman las armas, se niegan á pagar ciertas contribuciones é inquietan con sus amenazas á los adquirentes de bienes nacionales. - Irritación de las ciudades del Oeste contra los chuanoes y los vandeanos. - Situación de la ciudad de Nantes. - Situación del Mediodía. - Espíritu que reinaba en Burdeos, Tolosa, Nimes, Aviñón, Marsella y Lyon. - La presencia y los estragos del enemigo exasperan á las provincias del Este, reuniéndolas á Napoleón, considerado por ellas como un enérgico defensor del territorio. - Entrada de las tropas que regresaban de puntos lejanos y de las prisiones de Inglaterra, de Rusia, de Alemania y de España. - Exasperación y arrogancia de estas tropas al persuadirse de que una negra traición ha entregado la Francia al enemigo. - Apuros de los Borbones al verse obligados á hacer sufrir al ejército dolorosas reducciones, al tener que conciliar á todas las clases y particularmente á las que les son hostiles, y por decirlo así al necesitar gobernar de acuerdo con sus enemigos contra sus amigos. - Primeras resoluciones relativas á la hacienda, al ejército, á la marina, etc. - El ministro de Hacienda, Mr. Louis, hace prevalecer definitivamente la resolución de pagar todas las deudas del Estado y de mantener los derechos reunidos. - Límites en los que obliga á encerrarse á los ministros de la Guerra y de Marina. - Proyecto de organización del ejército; conservación de la guardia imperial y restablecimiento de la antigua servidumbre militar de palacio. - Dificultad de conciliar estas diversas instituciones y sobre todo de atender á sus gastos. - Sostentamiento de la Legión de Honor, con un cambio en sus insignias. - Grandes comandancias militares á que son destinados los principales mariscales. - Disgusto con que acoge el ejército su nueva organización. - Reunión en París de un número considerable de oficiales de reemplazo y de empleados cesantes. - Mientras que los militares se muestran irritados por las reducciones que sufren y por el restablecimiento de la servidumbre militar de palacio, se indisponen á los partidarios de la revolución con manifestaciones imprudentes. - Funerales de Luis XVI, de Moreau, de Pichegru y de Jorge Cadoudal. - Ataques del clero á los compradores de bienes nacionales. - No habiendo sido garantido por la Carta el Concordato, los Borbones se deciden á pedir su revocación. - Misión á Roma con este objeto. - Al mismo tiempo que se pide al papa la revocación del Concordato, el papa pide á Luis XVIII la restitución de Aviñón. - Ordenanza de policía que hace obligatoria la celebración de los domingos y de los días de fiesta. - Efecto producido por esta disposición. - Por acceder á las pasiones de sus amigos, llega el gobierno á hallarse indispuerto al cabo de algunos meses con los militares, con los revolucionarios, con los sacerdotes juramentados, con los compradores de bienes nacionales y con la clase media. - La reunión de las cámaras, animadas de un espíritu monárquico y liberal, consigue afortunadamente atenuar este estado de cosas. - Mr. Durbach denuncia á la cámara de diputados la disposición relativa á las fiestas y á los domingos y la legislación que coloca á la prensa diaria bajo el régimen de la cámara. - La cámara de los diputados, condenando el lenguaje de Mr. Durbach, pide una ley relativa á los mismos asuntos. - El rey accede al deseo de la cámara y presenta una ley sobre la prensa, pero una ley instituyendo la censura. - Animación que se nota en los espíritus. - Afición que se despierta por las discusiones políticas. - Después de largos debates, se reconoce que la censura no está consignada en la Carta, y la ley de imprenta no se admite más que á título de medida perentoria. - El rey acepta las enmiendas acordadas y sanciona la ley tal como sale de la cámara de los diputados. - Se nombra una comisión especial para que resuelva la cuestión de las fiestas y de los domingos. - Habiendo sido denunciados á las cámaras muchos escritos contra las ventas nacionales, la de los diputados condena estos escritos y confirma nueva y solemnemente la inviolabilidad de las propiedades llamadas nacionales. - Proyectos de ley relativos á la hacienda. - Mr. Louis presenta el balance financiero del imperio. - Inexactitud de este balance, pero excelencia de los principios del ministro. - Propone el pago íntegro de las deudas del Estado, el sostenimiento de las contribuciones indirectas y la liquidación de lo atrasado por medio de pagarés temporales al interés de un ocho por ciento. - La oposición realista se pronuncia contra los proyectos del ministro, y sin atreverse á hablar de bancarrota, indica que se pague á los acreedores del Estado con rentas equivalentes. - Encuentra algún apoyo en la oposición liberal, que no comprendiendo los proyectos del ministro, protesta contra todo género de agiotaje. - Mr. Louis, con su energía y una elocuencia natural, triunfa de todos y hace adoptar sus proyectos que llegan á ser el origen del crédito en Francia. - Sabias medidas comerciales destinadas á llevar á cabo la transición del estado de guerra al de paz. - Aunque los liberales acusan á las cámaras de timidez, éstas adquieren, con una mezcla de moderación y de firmeza, el respeto del gobierno y la confianza del público. - Sus deliberaciones producen alguna tranquilidad en los ánimos. - Función verificada en el Hotel de Ville en honor de Luis XVIII. - Los guardias de corps disputan á la guardia nacional el honor de rodear al rey. - Efecto de esta función. - Falta de dirección en la administración interior por causa de Mr. de Montesquiou. - Este ingenioso ministro, que poseía el arte de agradar en las cámaras, era por desgracia incapaz de trabajar y no sabía ni modificar ni dirigir el personal administrativo. - Las provincias entregadas á sí mismas fluctúan al impulso de las pasiones locales. - Viajes de los príncipes, dispuestos para ganar prosélitos á los Borbones. - Peligros de estos viajes, que exaltan las pasiones en vez de contenerlas. - Viaje del duque de Angulema á la baja Normandía, á Bretaña, á la Vendée y á la Guiana. - Acogida que le dispensan en Bretaña y particularmente en Nantes. - Este príncipe se traslada al centro de la Vendée. - Sentimientos y conducta de los vandeanos del Bocage. - Burdeos. - Cambio operado en el ánimo de sus habitantes. - Regreso del príncipe por Angers. - Su viaje, que tiene de bueno y de malo, se termina en agosto. - Salida del conde de Artois con dirección á la Champaña y la Borgogna. - Promete numerosos consuelos á todos los que han sufrido con la guerra, prodiga las condecoraciones, y anima en Dijón la intolerancia contra el clero menor. - Su estancia y sus imprudencias en Lyon. - Su

llegada á Marsella. - Entusiasmo de los marseleses. - Su ardiente deseo de conseguir que sea declarado franco su puerto. - El conde de Artois promete cumplirlo y los deja poseídos de una inmensa alegría. - Su viaje á Nimes, Aviñón, Grenoble y Besanzón. - Conducta inconveniente con el arzobispo Lecoz. - Regreso del conde de Artois á París. - Su viaje no produce más que mal, sin mezcla de bien alguno. - Viaje del duque de Berry á las provincias fronterizas. - Este príncipe irritado por la oposición que encuentra en el ejército, toma determinaciones enfadosas. - Después de un instante de tregua en agosto, las pasiones se despiertan en octubre y noviembre con motivo del viaje de los príncipes y con las medidas imprudentes del gobierno relativas á los inválidos, á los huérfanos de caballeros de la Legión de Honor, y á las escuelas militares. - La intervención de las cámaras consigue una modificación ó la revocación de estas medidas. - Afluencia y oposición crecientes de los militares en París. - Incidente desagradable con el general Vandamme y principio de la cuestión del general Exelmans. - Desgracia del mariscal Davout. - Gran efecto producido por la proposición de restituir á los emigrados sus bienes no vendidos. - El principio en que se funda esta medida es aceptado, pero el lenguaje del ministro Ferrand trastorna los ánimos. - Las cámaras censuran al ministro y votan la ley con diversas enmiendas. - En medio de estas agitaciones el partido llamado de los chuanoes y el de los oficiales de reemplazo se hacen miedo recíprocamente y se imputan complots imaginarios. - La policía oficial se esfuerza en reducir estos complots á sus verdaderas proporciones, mientras que la policía oficiosa del conde de Artois se esmera en aumentarlas. - Cansancio y perplejidad de Luis XVIII asediado por los informes de su hermano. - Papel de Mr. Fouché en aquellas circunstancias. - Debiendo asistir el rey á una representación dramática en el teatro del Odeón, se cree que existe un complot contra la real familia, y se toman precauciones extraordinarias. - Afectación de celo por parte del mariscal Marmont, mandando á los guardias de corps. - Desencadenamiento contra el ministro de la Guerra y el director de policía. - El rey cede á los clamores de la corte y reemplaza al general Dupont, ministro de la Guerra, con el mariscal Soult, y á Mr. Beugnot, director general de policía, con Mr. de André. - Indemniza á Mr. Beugnot con la cartera de Marina. - Gran confianza que tienen en este paliativo los cortesanos y los realistas más acérrimos. - Estado de las cosas en diciembre de 1814.

Apenas habían transcurrido dos meses desde el regreso de los Borbones, y este tiempo había sido bastante para que presentase la Francia un notable contraste entre lo que era, y lo que había sido ó parecido ser durante quince años. Con efecto, bajo la dominación del imperio, al salir de una revolución sangrienta, en la que los hombres se habían precipitado los unos sobre los otros con un verdadero frenesí, se les vió de repente, contenidos por la poderosa mano de Napoleón, entrar en una completa inmovilidad moral y física, y caer bien pronto, al comprender que nada podrían hacer los unos contra los otros, en una especie de olvido de ellos mismos, de sus pasiones, de sus opiniones, separarse de ellas algunas veces aunque sin abandonarlas y renunciando al cuidado de los negocios públicos, lanzar todo lo más de cuando en cuando una mirada curiosa sobre el poema histórico que se desarrollaba ante sus ojos. La súbita caída de Napoleón, libertándolos de su mano de hierro, les había hecho experimentar sentimientos distintos como lo era su situación: en los realistas excitó este suceso una alegría inaudita; en los revolucionarios una media alegría, mezclada de inquietud; en los bonapartistas, por último, el aturdimiento que produce un golpe inesperado y violento. Estos mismos sentimientos no tardaron en modificarse. Los realistas, pasada su primera satisfacción, encontraron la realidad muy inferior á sus esperanzas, los dividió la envidia y lucharon á ver quién podría alcanzar la mejor parte de la victoria. Aprovechándose del renacimiento de la libertad que al día siguiente de la restauración no existió más que para ellos y sirviéndose de sus beneficios para manifestar su odio contra la revolución y contra el imperio, lograron hacer sentir á los revolucionarios su alegría de un instante y extinguir en los bonapartistas el aturdimiento de su derrota que les impedía defenderse. De esta aparente unión del imperio se pasó inesperadamente á una agitación singular y como si se hubiese retrocedido á veinte años atrás; nobles y plebeyos, devotos y filósofos, sacerdotes juramentados ó no, soldados de Condé y soldados de la república se encontraban en presencia unos de otros y median sus fuerzas con la vista, hallándose prontos á venir á las manos, si el gobierno, en vez de contenerlos y mode-

rarlos con el ejemplo de un elevado juicio, los excitaba, ó simplemente se limitaba á dejarlos obrar.

El espectáculo de estas divisiones se descubría desde luego en la misma corte. El conde de Artois, profundamente afectado con las censuras que había motivado su breve administración, desolado al oír que se atribuía al convenio del 23 de abril la desfavorable paz que se había concluido y á sus promesas imprudentes la dificultad del cobro de las contribuciones (cargos animados por el mismo rey), se refugió en Saint-Cloud, donde más apesadumbrado que enfermo, dejó á sus amigos formar un grupo de descontentos al que se fueron reuniendo todos los que creían que eran ya demasiadas las concesiones que se hacían á la revolución. Entre ellos se decía públicamente que el rey era una especie de jacobino, consagrado de nuevo á las malas ideas que había tenido en su juventud.

La alta nobleza, que á pesar de haber sido largamente favorecida con los empleos de palacio, hubiera querido apoderarse también de los del Estado, teniéndose que contentar con participar de ellos en compañía de los partidarios del imperio, estaba lejos de manifestarse satisfecha. Abundaba en el mismo descontento que la nobleza del foro, poco acostumbrada á simpatizar con ella, pero ofendida al ver que no se le había encargado de redactar la nueva Constitución, que hubiera querido hacer, basándola en sus ideas y en su propio provecho. También los miembros de los antiguos parlamentos que sobrevivían dirigieron á Luis XVIII una protesta secreta contra la Carta. La nobleza de provincia, con excepción de la que no era rica, acudió en masa á París á pedir le restitución de sus bienes y solicitar mientras se verificaba puestos de todos géneros y de todas retribuciones. Pero habiendo sido acogida con aspereza por el ministro de Hacienda, que quería conservar en sus destinos á los que poseían su experiencia; con desdén por el ministro del Interior, que la encontraba enojosa, tuvo que refugiarse cerca del conde de Artois, diciendo que se entregaba el gobierno á los revolucionarios, y que si se continuaba obrando de aquel modo algún tiempo más, se perderían de nuevo la monarquía y la Francia.

Mientras que se formaba en las mismas Tullerías un

partido de realistas, *más realistas que el rey*, como se decía entonces, en el Palacio Real se creaba otro contrario en todo á él, pero sin participación alguna del personaje que debía ser su jefe. Este segundo partido era el del duque de Orleans. El duque de Orleans, antiguo y valiente soldado de la república, instruido, de talento, y habiendo recogido en su agitada vida una experiencia precoz, conociendo perfectamente á los emigrados y burlándose de ellos con el mayor gusto en la intimidad de su familia, se consideraba tan dichoso por haber vuelto á ver á su país, por haber recuperado en él su posición de príncipe y una inmensa fortuna, que no pensaba en otra cosa y no trataba más que de libertarse del odio de los realistas, tan violento contra él como lo había sido contra su padre. Mientras que se ocupaba únicamente en el cuidado de sus hijos, en su educación, en arreglar su patrimonio dispersado, guardándose muy bien de buscarse prosélitos, los realistas persiguiéndole con su odio, se los proporcionaban á millares, haciéndole interesante. Así pues, á la derecha del rey se hallaba el conde de Artois, rodeado de descontentos realistas, y á su izquierda el duque de Orleans, rodeado también de liberales descontentos, que no buscaba, porque, como hemos dicho, sólo se dedicaba á los asuntos de su familia, mientras que los realistas sin querer trabajaban en favor de sus asuntos políticos.

En otra diferente región, los altos dignatarios del imperio, los que no habían podido adherirse á los Borbones, ó que no habían querido, algo repuestos de su derrota, comenzaban á reunirse, aunque siempre con la mayor prudencia y sin hacer ninguna demostración hostil. Entre ellos figuraban Mr. de Caulaincourt, á quien el emperador de Rusia no había podido hacer entrar en la cámara de los pares, y que permanecía expectante, fuertemente afectado por las desgracias de la Francia y por las calumnias de que le habían hecho blanco con motivo del rapto del duque de Enghien; el príncipe Cambaceres, más callado que nunca y limitándose á recibir en su mesa á algunos antiguos amigos, tan discretos y tan sensuales como él, los duques de Basano, de Cadore, de Gaeta, de Rovigo, los condes Mollién y Lavallette, que se ocupaban casi siempre de la catástrofe á que habían asistido, mirando con una satisfacción permitida á los vencidos los apuros de sus sucesores y visitando con mucha familiaridad á la reina Hortensia, que se había quedado en París para cuidar, bajo la protección del emperador Alejandro, de los intereses de sus hijos.

Hacía muy poco tiempo que esta princesa había perdido á su madre, la emperatriz Josefina, muerta de resultas de un resfriado que cogió al recibir al emperador Alejandro en la Malmaison, y universalmente sentida, por todos cuantos la conocían, á causa de su agrado y su bondad, por el público, al ver que su muerte era una ruina más en medio de tantas ruinas. Con efecto, de las dos esposas que había tenido el prisionero de la isla de Elba, una acababa de morir de inanición y de pesar; la otra se alejaba sin corona y con un hijo sin patrimonio á los Estados de su padre, reconocida apenas como princesa, aunque era por su nacimiento archiduquesa de Austria; ¡y dispuesta á olvidar el esposo que había compartido con ella el cetro del mundo!

También habían llegado á París el mariscal Soult, privado de su comandancia é irritado por la preferencia que se daba sobre él al mariscal Suchet, hasta el punto de quejarse con un exceso de imprudencia tal que parecía mentira; el mariscal Massena, que olvidando las injusticias de Napoleón en vista de las desgracias de la Francia, se mostraba ofendido al ver que le trataban de extranjero, á quien era preciso dar carta de naturaleza para considerarle como francés, y permanecía á pesar de esto silencioso y aislado sin ir apenas á las Tullerías á recibir la parte de adulación reservada á todos los mariscales; y por último el mariscal Davout, arrogante por su resistencia en Hamburgo, que se inquietaba poco de lo que acerca de sus actos decían los realistas y los generales enemigos suyos, y que retirado en su casa de campo de Savigny, redactaba una memoria procurando exponer con una audaz franqueza todo lo que había hecho para dar cumplimiento á sus deberes militares.

Al lado de estos hombres, pero sin confundirse con ellos, se veía á los revolucionarios de todos matices, que sin ser hostiles al ejército, vivían sin embargo completamente separados de él y sobre todo de sus jefes. Satisfechos un instante, como hemos indicado, por la caída del imperio, comenzaban á inquietarse de nuevo. Los revolucionarios más comprometidos, como Tallián, Merlin y otros, se reunían en casa de Barrás, quien había quedado bastante rico, y deploraban de común acuerdo la ruina de la libertad, atribuyéndola á Napoleón. A ellos se juntaban algunos militares tales como el mariscal Lefebvre, quien, á pesar de haber sido distinguido y recompensado por el imperio, había conservado en el fondo de su alma sus primitivos sentimientos, ocultando bajo el dorado traje de mariscal un corazón republicano. Estos personajes contaban en los barrios extramuros con algunos hombres del pueblo que simpatizaban con ellos, los viejos impulsados por los recuerdos, los jóvenes por la tradición; menos audaces que lo que habían sido en otro tiempo, pero prontos á volver á agitarse bajo la influencia de los acontecimientos y de las discusiones políticas. Por cima de éstos y aparte se hallaban los revolucionarios más notables, bien tratados al principio por Napoleón y más tarde separados de él por sus convicciones ó su culpa, la mayor parte de ellos senadores excluidos de la nueva cámara de pares por haber votado la muerte de Luis XVI y llamados con este motivo los *votantes*.

De entre éstos, los dos más importantes eran monsieur Sieyes y Mr. Fouché, el primero siempre apático, solitario, aprobando la Carta, pero dudando de su ejecución; y el segundo, por el contrario, siempre activo, infatigable, tratando con todos los partidos, esforzándose en ser el confidente de todos, y buscando con especial interés, á pesar de haber sido tan mal recompensado por los servicios que había prestado al conde de Artois, buscando, decimos, á sus amigos y procurando persuadirlos de que él solo, en medio de los escollos de la situación, era capaz de guiar y salvar á los Borbones.

Con todo, la Francia no se hallaba exclusivamente compuesta de hombres de partido, los unos soñando con el restablecimiento del antiguo régimen, y los otros lamentándose de las extravagancias de la revolución ó echando de menos los espléndidos dones del imperio;

había entre los hombres del pasado y entre los jóvenes instruidos en las escuelas imperiales un número considerable de inteligencias privilegiadas, que volviendo sus miradas hacia el porvenir y pasando por alto las preocupaciones y los intereses de otras épocas sólo anhelaban libertad bajo la dominación de los Borbones, á los que nos habían devuelto las faltas del imperio, y lo que no debía sentirse si se sabía vivir con ellos y ellos sabían vivir con la Francia.

Todas estas personas de que hablamos, se hallaban particularmente en casa de Mma. de Stael, vuelta del destierro donde la había retenido la sombría desconfianza de Napoleón y que tenía tanta necesidad de París como París de su presencia, porque era el alma de la sociedad ilustrada y recibía en sus salones á vencedores y vencidos, tratando de probar á todos con la más viva elocuencia, que era preciso conquistar bajo el cetro de los Borbones restaurados la libertad británica; Mr. Benjamín Constant, vuelto de su destierro y disponiéndose con su pluma fácil y brillante á difundir la luz sobre las cuestiones constitucionales; Mr. de Lafayette, que abandonó su retiro de Lagrange al primer rayo de libertad, volviendo á ver no sin placer á los Borbones, al lado de los cuales había pasado su juventud y hallándose pronto á reunirse á ellos si á su vez ellos se reunían al país: estos dos personajes, decimos, eran los miembros eminentes de aquella sociedad que contaba en su seno á todo lo que París encerraba de más brillante por la inteligencia, de más honroso por el carácter, y en la que comenzaba á formarse lo que más tarde se llamó partido constitucional.

Simpatizando con este partido más que con ningún otro, la clase media de París, pacífica, moderada, desinteresada, sin desear empleos, anhelando únicamente actividad en los negocios, familiarizada con la idea de los Borbones, apenas demostrada la necesidad de su regreso, esperando en ellos y sobre todo en el rey, deseando con la paz una prudente libertad, la que consiste en poder impedir á los gobiernos que se pierdan; la clase media de París, repetimos, deseaba buena suerte á los Borbones y estaba pronta á darles asimismo un auxilio eficaz por medio de la guardia nacional, que formaba en gran parte, siempre que no se combatiesen demasiado sus opiniones, sus sentimientos y su dignidad. Aunque producto de la revolución, no se había manchado con ningún crimen, no había contraído costumbres depravadas ni ambiciones peligrosas, y no teniendo otro interés que el público, era en aquellos momentos la expresión verdadera, la mejor y la más general de la Francia.

En provincias se notaban las mismas pasiones buenas y malas con matices más variados, aunque con menos fuego. Las campañas de la Baja Normandía, de Bretaña y de la Vendée, completamente tranquilas bajo la dominación del imperio, estaban en la mayor agitación. Los *chuanes* se habían reunido con una prontitud increíble, habían vuelto á nombrar á sus antiguos jefes, reemplazando á los muertos, y habían tomado las armas sin saber con qué fin, por el placer de usarlas, de amenazar á sus antiguos adversarios, y además, según ellos decían, para sostener al rey. En su celo para adquirir armas, corrieron á las casas de los que se designaban con el mote de *azules* y se apoderaron violentamente de sus

fusiles. Las autoridades locales los exhortaban á permanecer tranquilos, asegurándoles que el rey no estaba amenazado de ningún peligro y que por consecuencia no tenía necesidad de sus brazos; pero al mismo tiempo los agentes secretos, la mayor parte de ellos emigrados, que se lamentaban de la pérdida de sus bienes ó que ambicionaban empleos, les hacían comprender que no debían dar asenso á las palabras de los prefectos y que los príncipes, por el contrario, deseaban que estuviesen preparados para cualquier evento. El objeto principal de sus odios eran los compradores de bienes nacionales. Estos últimos, poco abundantes en las grandes ciudades, donde, sin embargo, había algunos que habían comprado antiguos palacios ó conventos; estos últimos, decimos, formaban una clase muy considerable en los puntos rurales. Favorables casi todos en 1789 á la causa de la revolución, considerando como enemigos á los sacerdotes y á los nobles, no tuvieron escrúpulos en adquirir sus bienes, y con efecto los adquirieron á bajo precio haciéndolos más tarde subir de valor. Muchos de ellos, especialmente en Normandía, en Bretaña, en la Vendée y en las provincias del Mediodía, abrigaban serios temores por sus personas y por sus propiedades; y confiando poco en la sinceridad de las autoridades no habían tomado todavía las armas, pero estaban próximos á tomarlas.

Los habitantes de las ciudades, grandes y pequeñas, aun sin ser compradores de bienes nacionales, pero teniendo presentes los excesos cometidos por los *chuanes*, simpatizaban con los compradores y componían la clase que en el Oeste de la Francia se llamaba de los *azules* en oposición con los *blancos*. En cuanto á estos últimos, esperando mejor ocasión, se ocupaban en introducir contrabando, se negaban á pagar la contribución de la sal y se apoderaban de enormes partidas de este género, tomándole de las salinas, sin satisfacer los derechos. A todos estos motivos de perturbación es preciso añadir las pasiones del clero, cien veces más imprudente que todos los hombres que soñaban con el restablecimiento del antiguo orden de cosas. La inmemorial enemistad que existía entre los sacerdotes *juramentados* y los que carecían de este requisito, renació bajo una nueva forma, la de la sumisión ó resistencia al Concordato. En donde había, como en la diócesis de la Rochela, por ejemplo, un antiguo titular sin haber presentado su dimisión á ruegos del papa en 1802 y habiendo vivido en Inglaterra, se negaba obediencia al titular nombrado por el emperador é instituido por el Santo Padre. La Turena, el Mans y el Perigord ofrecían muchos casos de este género. En estos parajes había sido pisoteado el Concordato, y denunciado como una obra revolucionaria. Se atacaba á los sacerdotes sometidos á él, los que en su mayor parte eran juramentados, y se decía que no era extraño que habiendo aceptado la Constitución civil del clero hallasen de su agrado el Concordato. Por fin se anunciaba públicamente la restitución de los bienes de la Iglesia; y el clero y la nobleza repetían en todas partes en alta voz que si al volver al trono los Borbones no habían podido hacerles inmediatamente justicia, no tardarían en hacérsela, puesto que así lo deseaban el conde de Artois y sus hijos y concluirían por hacer participar de sus deseos al mismo rey.

Esta situación comenzaba á inquietar á la clase media,

porque aun cuando no estaba interesada en la cuestión de los bienes nacionales, lo estaba en la del orden público, y hubiera visto con espanto cualquier tentativa de reacción. A tal punto llegaron las cosas en solo dos meses, que Nantes, una de las ciudades marítimas más deseosas de la paz y más adeptas á los Borbones, llegó á ser, impulsada por la *chuanería*, que la envolvía por completo, casi hostil á la restauración. Descendiendo hacia el Mediodía, Burdeos, que se titulaba la ciudad del 12 de marzo, porque con esta fecha había abierto sus puertas al duque de Angulema, Burdeos no había cambiado, pero abrigaba también sus pretensiones especiales poco en armonía con el interés general. Desde luego se negaba absolutamente á satisfacer los *derechos reunidos*, pretendiendo que no se había llamado al trono legítimo para encontrarse bajo el régimen de la usurpación; se quejaba amargamente porque se había abandonado la isla de Francia y se desencadenaba violentamente contra los ingleses á los que en un principio había acogido con el mayor entusiasmo. En Tolosa se encontraban sobre poco más ó menos las mismas disposiciones aunque con alguna diferencia. En esta ciudad se manifestaba menos animosidad contra los ingleses, porque no tenían sus habitantes los mismos intereses marítimos que los de Burdeos; pero en cambio, se profesaban allí un violento odio las clases unas á otras, los realistas á los revolucionarios, porque la nobleza más rica, más poderosa en un país donde la propiedad territorial dominaba al comercio, se encontraba en continua pugna con la clase media. En el resto del Languedoc, en Montpellier y en Nimes se alimentaban los mismos sentimientos agravados con enfadosas luchas de religión. Los católicos odiaban á los protestantes, decían que por ellos se habían visto privados desde hacía veinticinco años de todas las ventajas peculiares á la posesión del poder, y querían entregarse con ellos á las últimas violencias, decisiones que costaba un inmenso trabajo impedir.

Los protestantes, por su parte, se armaban para proteger su vida, y Nimes era un verdadero volcán, pronto á lanzar sus llamas. Algunos individuos de baja esfera, convirtiéndose en caciques de la nobleza católica, los unos por impulso natural, los otros por mejorar de suerte, tenían la pretensión de dominar á la autoridad y de no obrar más que por voluntad propia. Estos mismos hombres habían censurado públicamente la Constitución del senado, lanzado contra este alto cuerpo innumerables imprecaciones, pedido á voz en grito la monarquía absoluta y protestado contra la Carta. En Arles sucedía otro tanto y en los alrededores de la ciudad no se habían limitado á amenazar á los poseedores de bienes nacionales, sino que algunos de los antiguos propietarios se habían apoderado á viva fuerza de los que ya no les pertenecían (1). Marsella, por último, traspasaba los límites, si es posible, de todo lo que acabamos de referir respecto de las ciudades del Mediodía. Desde luego se negaba á pagar los derechos reunidos, pero además pretendía que se la devolviese la explotación del comercio de Levante, que para este fin se la libertase de regirse

(1) Yo no hago aquí más que trazar el cuadro de la situación de la Francia, según los informes que la policía presentaba todos los días á Luis XVIII.

(N. del A.)

por la legislación comercial establecida en el resto de la Francia, que se la declarase ciudad libre y que se le concediese facultad de comerciar con todo el mundo sin sufrir ninguna de las restricciones prescritas para la protección de la industria nacional. Todo lo que impediese el cumplimiento de estos deseos debía en su concepto ser destruido como un efecto de la usurpación, y para que el rey pudiese desahogadamente acordar lo que más conviniese á sus leales súbditos era necesario reservar todo el poder, é impedir que fuese supeditado ni por las cámaras ni por ninguna otra institución de origen revolucionario. Marsella maldecía pues la Carta, y con la Carta á los ingleses que nos habían arrebatado la isla de Francia. Aunque se hubieran reunido todas las locuras que el realismo triunfante hacía ó pretendía hacer en la Vendee, en Burdeos, en Nimes y en otros puntos, no se hubiera hallado nada igual á las extravagancias que caracterizaban á la ciudad de Marsella, tan ilustrada y tan próspera hoy, pero sumida entonces en un lastimoso delirio, ocasionado por veinticinco años de atroces sufrimientos.

Encaminándose hacia el Ródano, se hallaba en Aviñón la misma violencia con un furor de venganza concebible en un país donde se habían cometido los crímenes de *la Nevera*. Más hacia arriba de nuestro gran río meridional, es decir, en Valence y en Lyon, estos sentimientos se iban transformando poco á poco en sentimientos casi contrarios. Con efecto, si en Lyon había ardientes realistas, orgullosos con el recuerdo del sitio de 1793, reunidos á las órdenes de Mr. de Précý, que había gloriosamente sostenido este sitio y que por tanto había sido nombrado comandante de la guardia nacional, había también numerosos partidarios del imperio, afectos á Napoleón por el recuerdo de los beneficios que su ciudad le debía, y por la prosperidad de su industria durante su reinado; partidarios á quienes la presencia y la mala conducta de las tropas enemigas confirmaban en sus disposiciones. Más arriba todavía, en el Franco-Condado, en Alsacia, en Champaña y en Borgoña, provincias que habían sido teatro de la guerra, se veía al patriotismo horriblemente maltratado convertirse en *bonapartismo*. En estas provincias, más tranquilas por lo general que las del Centro y Mediodía de la Francia, se habían librado durante la revolución de profesar opiniones extremas y conservaban las ideas serias de 1789. Después de haber admirado en Napoleón al reorganizador de la Francia, al vencedor de Europa, no tardaron en deplorar sus errores, ni les costó trabajo el separarse de él; pero al verle en 1814 luchar con tanto genio y tan grande constancia contra la coalición europea, partiendo con él las ansiedades y los terribles sufrimientos de la guerra, volvieron á adherirse á su gobierno, odiaron á los ejércitos extranjeros y acogieron con frialdad á los Borbones, porque habían vuelto á Francia con ellos.

El gobierno real hallaba, pues, en las provincias del Este una verdadera indiferencia, aunque menos embarazosa para él que el desordenado celo de sus amigos en el Oeste y en el Mediodía. A todos estos elementos que fermentaban á la vez había que añadir uno nuevo, el de la multitud de veteranos que volvían á Francia, los unos por haber sido puestos en libertad, los otros por haber evacuado las fortalezas extranjeras. Por Per-

piñán regresaron de España veinte mil hombres; por Niza y Tolón diez mil, procedentes de Génova y de Toscana; por Chambery treinta y tantos mil más que componían el ejército de Italia; por Estrasburgo, Metz, Maubeuge, Valenciennes y Lille, ochenta mil lo menos que habían evacuado las plazas de Wurzburg, Erfurt, Magdeburgo, Hamburgo, Amberes, Berg-op-Zoom, etc. En Dunkerque, Calais, Boloña, Dieppe, el Havre, Cherburgo y Brest, desembarcaron más de cuarenta mil, que habían sobrevivido á los horrores de los pontones de Inglaterra, y además se esperaba un número considerable de prisioneros que debían entregarnos Rusia, Alemania, Inglaterra y España. Todos estos hombres traían todavía en sus sombreros la escarapela tricolor, y en vano se trataba de hacérsela arrancar. Veteranos en su mayor parte, conservando en lo más íntimo de su corazón los sentimientos que dominaban en su patria al tiempo de abandonarla, no podían menos de ver en Napoleón, por más que alguna vez se hubiesen irritado contra él, el representante de la Francia, de su grandeza, de su independencia, y en los Borbones todo lo contrario. Su idea más arraigada era la de que durante su ausencia el extranjero, ayudado por algunos nobles, por algunos sacerdotes, había operado una revolución desastrosa para la Francia y para el ejército. Esta idea los llenaba de un verdadero furor y de un profundo desprecio hacia un gobierno creación y cómplice, decían, del extranjero, lo que siendo verdad en apariencia, era en el fondo injusto á todas luces, como ya hemos tenido ocasión de exponer, porque si los Borbones de 1814 volvían á su país siguiendo las huellas del extranjero victorioso, era preciso no culparles á ellos por su desgracia, sino á Napoleón, del cual era toda la culpa. Pero no se hacía caso de esta verdad palpable, y los Borbones pasaban á los ojos de nuestros viejos soldados como los fautores y los aliados de la coalición europea.

Con sólo tener presente lo que dejamos expuesto, se comprenderá desde luego el trabajo que debía costar al gobierno real someter á su autoridad las tropas que regresaban á Francia. En Estrasburgo, unos oficiales que asistían á una representación dramática de circunstancias, subieron al escenario é hicieron cesar los cantos realistas que les disgustaban. En Metz y en otras ciudades asistieron con sus colores tricolores y con sus águilas á las procesiones del Corpus. Sobre el litoral que pisaron al desembarcar de Inglaterra, llevaron su violencia hasta el punto de querer arrancar la cruz de San Luis del pecho de nuestros viejos oficiales de marina. En Rouen silbaron al general ruso Sacken, quien, sin embargo, en sus funciones de gobernador de París se había conducido con la mayor moderación. En todas partes donde hallaban vendedores de estampas, penetraban en sus tiendas, destruían las caricaturas contra Napoleón y la mayor parte de las veces hacían lo mismo con los retratos del rey y de los príncipes. También se permitían cantar himnos sediciosos y particularmente en París era casi imposible contenerlos. Las tropas austriacas llevaban en sus sombreros ramas de árboles, y viendo en esta manifestación una ostentación de su triunfo que les ofendía, se las quitaron á la fuerza, y fué necesario que el príncipe de Schwartzberg publicase una nota indicando que aquella no era una manifestación ofensiva, sino simplemente una costumbre de las tropas

austriacas al estar en campaña, costumbre que por lo demás prohibiría en lo sucesivo.

La mayor parte de los hombres que daban margen á estos sucesos, volvían á Francia después de haber sufrido extraordinariamente, y había entre ellos algunos que no habían percibido sus haberes desde hacía seis, doce y diez y ocho meses; pero á pesar de todo, no se quejaban del imperio, sino de la restauración, que no llevaba á cabo en el ministerio de la Guerra las liquidaciones con la prontitud que deseaban y de la que tanta necesidad tenían.

El sistema de adular á los jefes del ejército era un débil recurso para calmarle y conquistar sus simpatías. Nuestros soldados no se tenían por honrados en las personas de sus generales, al ver á los mariscales Berthier, Oudinot, Ney, Macdonald, Moncey, Augereau, Serurier y Mortier sentados en la corte al lado del rey y de los príncipes y colmados de los agasajos más lisonjeros; por el contrario, consideraban estos honores como el premio de una criminal defección. Marmont, culpable sin duda, pero mucho menos de lo que suponían, era para ellos el promovedor de aquella traición imaginaria, á la que atribuían todos nuestros reveses, y á todas horas hacían circular el rumor de que había sido muerto en un desafío, rumor falso, tan pronto desmentido como apoyado, que no era más que la expresión de sus deseos. Por otra parte, al acariciar á los jefes del ejército sin estimarlos, no había hecho más el rey que rebajar un poco su dignidad, aplacar un tanto á los jefes sin conquistar en lo más mínimo los ánimos extraviados de los oficiales y los soldados.

París, pues, encerraba en su seno una multitud de oficiales que habían llegado con el fin de saber la suerte que les estaba reservada y el de poder quejarse reunidos del cambio que experimentaban. Las reiteradas órdenes del ministro de la Guerra, mandándoles volver á sus regimientos y amenazándoles con la pérdida de sus derechos si no pasaban las revistas en sus respectivos puestos, fueron completamente desoídas. Estos oficiales se aprovechaban del desorden general para permanecer en París y reunirse en los teatros y en los parajes públicos con el solo objeto de prodigar á los Borbones el ultraje y la burla. Al lado suyo se hallaban numerosos empleados, venidos de lejanas provincias, dependientes de las aduanas, agentes de contribuciones y comisarios de policía, á los que en vez de mofarse y de reirse, lloraban su miseria. A cada instante se suscitaban polémicas en las que tomaban la parte más activa los militares, y el gobierno, en la imposibilidad de emplear las tropas extranjeras en el mantenimiento del orden, tenía que echar mano de la guardia nacional, que con su uniforme pacífico y siempre respetado, calmaba los ánimos con su presencia y sus consejos. Se la obedecía, porque se la consideraba como la representación nacional, reunida para proteger el reposo público, participando frecuentemente de los sentimientos de los jóvenes, cuyas manifestaciones reprimía; pero comprendiendo mejor que ellos la necesidad que había de resignarse á las circunstancias y de buscar en el porvenir, no en el pasado, la felicidad de la Francia.

Con el sencillo cuadro que venimos trazando del estado de los ánimos, fácilmente se adivinan los apuros de todas clases en que iba á hallarse el nuevo gobierno,